

## ***HOMO SAPIENS:*** **¿ANIMAL RACIONAL O PLANTA FANTASIOSA?**

ROSAURA MARTÍNEZ RUIZ

*UNAM*

En *La interpretación de los sueños*, Freud distingue dos itinerarios del trabajo psíquico. En general, durante la vigilia la psique toma el sentido progresivo que va de la percepción de la pulsión hasta el extremo motor y busca descargar la estimulación vía la acción. El otro sentido es el regresivo característico del trabajo del sueño en tanto la instancia con acceso a la motricidad es la que descansa mientras dormimos. Durante el sueño, el impulso intenta descargar vía la acción, pero encuentra esta vía cerrada y, por lo tanto, “regresa” y excita el sistema perceptual. Es ésta la razón, explica Freud, por la que vemos una película –o “alucinación”– durante el sueño. Si, por un lado, una de las características fundamentales que la tradición metafísica y la antropología han privilegiado para diferenciar el reino animal del vegetal es la capacidad de movimiento y, por otro, la cultura ha sido el dispositivo que ha obligado al hombre a retardar la acción para la satisfacción de la pulsión vía el pensamiento, la imaginación y la producción artística, resulta interesante reflexionar si el hombre no será el animal al que la cultura ha hecho “planta”. En pocas palabras, el espacio que la cultura abre y que media entre la pulsión y su satisfacción depende de la cancelación de la acción inmediata e inaugura el pensamiento, la imaginación y la fantasía. La cultura nos convierte en plantas fantasiosas.

Desde este horizonte reflexivo, parece que hemos olvidado, esto es, dejado de pensar la herencia vegetal de *homo sapiens*. La tradición filosófica se ha dejado seducir por la definición aristotélica de nuestra especie como animal racional; como si la filosofía tuviera que seguir el mismo itinerario que la biología, esto es, pensar a partir del tiempo evolutivo y desde el desarrollo de la vida como *zoé* y no como *bíos*. Me refiero a que nos hemos pensado como animales porque ésa es nuestra herencia biológica más cercana en un tiempo lineal. Nos hemos categorizado bajo la interpretación de que eso que nos define es el tiempo de nuestra aparición en la Tierra. Somos más animales que plantas porque compartimos más información genética con los animales y porque aparecimos en este planeta justo después

de los animales genéticamente más cercanos. Todos estos son “hechos” cuya negación sería una estupidez, sin embargo, lo que es importante poner en cuestión es el por qué estos “datos duros” son los que rigen el lugar no sólo en la taxonomía, sino también en la definición filosófica, antropológica y socio-política de *homo sapiens*. Me parece que resulta al menos interesante preguntarnos si el tiempo cronológico y un modelo geocéntrico son los óptimos parámetros para pensar la condición humana.

Si no desde la biología, una de las características fundamentales que ha sido tomada en cuenta para dibujar la línea entre el reino animal y el vegetal ha sido la capacidad de movimiento y, por lo tanto, de acción. La mayoría de las plantas son fijas y la mayoría de los animales se mueven. Repito, si esto no se sostiene desde la biología sí desde el imaginario antropológico de la naturaleza y es que también, por otro lado, uno de los problemas de la taxonomía es querer categorizar un flujo evolutivo en el que siempre hay organismos indecibles con características compartidas con otros grupos. Otra característica ha sido el modo heterótrofo o autótrofo de alimentación. Las plantas sintetizan su propio alimento y los animales no. La mayor parte de los organismos del reino animal come sólo si puede moverse hacia su alimento (los “animales burgueses” junto con los corales son excepción ejemplar, por supuesto). Desde la antropología y la filosofía, la capacidad motriz ha sido una de las características privilegiadas para pensar lo animal de lo humano (el animal racional ha sido también el animal *laborans*), sin embargo, la cultura y el pacto social están fundados sobre la renuncia de *homo sapiens* a la acción o al menos a la acción inmediata. En este sentido, la cultura es una petición o exigencia al hombre de no reaccionar y de mediar su deseo o inercia hacia la acción a través del lenguaje, la imaginación, el pensamiento o la acción desviada de su fin inmediato, como pueden ser la creación artística o el trabajo.

Dentro de este limitado contexto, en adelante diré plantas y animales para referirme al imaginario antropológico y no a la taxonomía rigurosa, pues en ésta, el rigor siempre tiene grandes excepciones.

Cuando la condición humana es mediación, *homo sapiens* se parece más a las plantas que a los animales. Hay una diferencia entre *homo sapiens* y condición humana; lo humano es ya desde siempre la posición de atravesado o intervenido por lo que hemos llamado civilización, es el *topos* de la cultura. Lo humano es el resultado de la coerción que la cultura y la civilización han ejercido sobre *homo sapiens*.

¿De qué constriñe la cultura y/o la civilización a *homo sapiens*? Me parece que esto puede reducirse a la acción sin retardamiento y el efecto de este desplazamiento o postergación es, para el psicoanálisis, nada más y nada menos que la psique. Todo el funcionamiento del aparato psíquico responde a la necesidad del organismo de retardar la descarga de la energía pulsional, como consecuencia, se crea una reserva: la memoria. La memoria es entonces eso que se guarda como descarga pospuesta y el camino por el que descargarán tensiones por venir. La psique es, por lo tanto, la mediación entre la urgencia de descarga y su satisfacción.

En 1900 Freud publica *La interpretación de los sueños*; y más allá de ser un tratado sobre la vida onírica, corresponde a una teoría general de la mente. En este libro, Freud

hace uso de su método favorito de estudio, es decir, del estudio de un estado mental, digamos, alterado para aducir una teoría universal de la vida psíquica. En cierto sentido podríamos decir que para Freud el sueño es un trabajo de pensamiento en mucho opuesto al pensamiento de la vigilia. Cuando Freud dice: “*la interpretación del sueño es la vía regia hacia el conocimiento de lo inconciente dentro de la vida anímica*”<sup>1</sup>, no sólo se refiere al conocimiento del inconsciente de un paciente, sino a que el estudio del sueño es la posibilidad de conocer la vida psíquica “normal”. Desde la teoría psicoanalítica, la diferencia entre patología y normalidad es económica y no estructural. Lo psíquico es resultado de una economía donde la cualidad es el efecto del ritmo en que los distintos montos de energía golpean la organización<sup>2</sup>.

El estudio del sueño como proceso psíquico normal, dio respuesta contundente a la crítica que sostenía que el contenido psíquico inconsciente era resultado de un mal neurótico. La psique normal, se creía, era coherente e indivisiblemente una, sin embargo, el estudio de los procesos oníricos demostró que los mecanismos de los que la neurosis y la psicosis echan mano para comprender, “defenderse” y moverse en el mundo, son los mismos que los del sueño. Para el psicoanálisis freudiano, ningún mecanismo psíquico es exclusivo de ninguna patología. La diferencia cualitativa en el funcionamiento psíquico la hace la cantidad y el ritmo<sup>3</sup> del gasto energético sobre la vía de descarga. No hay que olvidar que el aparato psíquico está diseñado, en primera instancia, bajo el modelo del arco-reflejo, donde la tendencia más fundamental es la búsqueda de placer. Asimismo, el placer para Freud es un fenómeno económico identificado con la descarga de la tensión: tensión es dolor y descarga es placer. Pero el aparato psíquico es una máquina con un funcionamiento mucho más complejo que aquél de excitación-alivio. La descarga tropieza con resistencias y la percepción está condicionada por el tejido de huellas

<sup>1</sup> Sigmund Freud, “La interpretación de los sueños”, en *Obras Completas*, vol. 5, Argentina, Amorrortu Editores, 1900, p. 597. Énfasis de Freud.

<sup>2</sup> Esto es lo que Freud resuelve en su *Proyecto de psicología* cuando introduce las neuronas  $\Omega$  dentro de su ficción neurológica, pues con las neuronas  $\Phi$  y  $\Psi$  no podía explicar la percepción de cualidad. Las neuronas  $\Phi$  y  $\Psi$  eran sólo capaces de recibir o resistir cantidades de estimulación y Freud se preguntaba cómo entonces percibimos la cualidad; consideró así necesario un tercer tipo de neuronas: las  $\Omega$  cuya capacidad era precisamente percibir la periodicidad de la estimulación y esto es, para Freud, lo que otorga cualidad a la fuerza. Por otro lado, 25 años más tarde, en su trabajo *El problema económico del masoquismo*, ante el problema que tanto masoquismo como sadismo presentaron a su teoría sobre la supremacía del principio del placer como dos modos de conducta sexual en los que no hay una búsqueda simple de placer, sino más bien el encuentro del placer en el dolor, Freud dice: “Entonces, placer y dolor no pueden estar referidos al aumento o la disminución de una cantidad, que llamamos «tensión de estímulo», si bien es evidente que tienen mucho que ver con este factor. Parecieran no depender de este factor cuantitativo, sino de un carácter de él, que sólo podemos calificar de cualitativo. Estaríamos mucho más adelantados en la psicología si supiésemos indicar este carácter cualitativo. Quizá sea el *ritmo*, el ciclo temporal de las alteraciones, subidas y caídas de la cantidad de estímulo; no lo sabemos”. Ver Sigmund Freud, “El problema económico del masoquismo”, en *Obras Completas*, vol. 19, Argentina, Amorrortu Editores, 1924, p. 166. Énfasis de Freud.

<sup>3</sup> Ver Sigmund Freud, “El problema económico del masoquismo”, en *Obras Completas*, vol. 19, Argentina, Amorrortu Editores, 1924.

mnémicas<sup>4</sup>. La memoria define tanto la elección de la vía como el periodo de descarga de la tensión, y esto es lo que da cualidad al funcionar psíquico. Desde esta teoría de la mente, no hay distintas estructuras psíquicas, hay diferentes pautas de descarga de energía, esto es, de búsqueda de placer.

En *Más allá del principio de placer*, Freud desarrolla ampliamente la idea que sostiene que el principio de realidad es sólo una modificación del imperioso principio de placer, y no una radical renuncia. En este texto, el principio de realidad es una postergación de la satisfacción que el principio de placer exige expeditamente. Esta modificación responde a la pulsión de vida y al instinto de sobrevivencia. Sabemos que si un organismo vivo cualquiera, vegetal o animal, no reconoce, esto es, no tantea la realidad externa para sólo después proceder a algún tipo de cambio, sus pronósticos de mantenerse con vida resultan sumamente bajos. Esta modificación es entonces una adaptación.

En *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*, Freud supone un organismo originario que se encuentra en una especie de reposo psíquico y que muy pronto se ve perturbado por las imperiosas exigencias de las necesidades internas. Esta molestia despliega de inmediato el paradójico movimiento de las dos grandes tendencias psíquicas: Eros y Tánatos. Por un lado, el principio de placer que tiende a la total descarga de la tensión y que, por lo tanto, se identifica con un impulso tanático y, por otro, el principio de realidad que se adapta a las limitaciones y beneficios de la realidad externa y responde al instinto de sobrevivencia –o lo que Freud llama “un cierto apremio a la vida”. Son, por lo tanto, las necesidades básicas corporales que se experimentan como urgencia de complacencia las que modifican la tendencia primera del aparato psíquico a librarse de toda estimulación y volver, como lo describe Freud en *Más allá del principio del placer*, de forma inmediata hacia el estado inorgánico, esto es, de dirigirse hacia la muerte. Esta modificación consiste en la creación de una reserva de estimulación que mantenga al organismo vivo para buscar una alteración interna a través de una acción específica que termine en el alivio de esa necesidad corporal.

Como dije antes, Freud toma como el primer modelo del funcionamiento psíquico el del arco-reflejo, esto es, aquél del sistema nervioso que tiende de manera inmediata a descargar y deshacerse de cualquier estímulo que lo altera. A la descarga se le ha llamado “respuesta” y la respuesta en los animales es una acción corporal, un movimiento de lugar o de gesto, la emisión de un sonido, etc. Sin embargo, el aparato psíquico corresponde

---

<sup>4</sup> En varios de sus textos, Freud piensa en invaciones que “salen” del inconsciente y toman muestras de la realidad externa. La periodicidad de este “muestreo” es lo que da cuenta de la percepción, esto es, el ritmo del contacto de esas prolongaciones con la conciencia, como el sistema más cercano al mundo exterior, tiene como efecto la traducción de la fuerza de los estímulos en cualidad sensorial. Cito: “He supuesto que invaciones de investidura son enviadas y vueltas a recoger en golpes periódicos rápidos desde el interior hasta el sistema *P-Cc*, que es completamente permeable. Mientras el sistema permanece investido de ese modo, recibe percepciones acompañadas de conciencia y transmite la excitación hacia los sistemas mnémicos inconscientes; tan pronto la investidura es retirada, se extingue la conciencia, y la operación del sistema se suspende. Sería como si el inconsciente, por medio del sistema *P-Cc*, extendiera al encuentro del mundo exterior unas antenas que retirara rápidamente después de que estas tomaron muestras de sus excitaciones”. En: Sigmund Freud, “Nota sobre la pizarra mágica”, en *Obras Completas*, vol. 19, Argentina, Amorrortu Editores, 1925, p. 247.

más bien a la mediación de este reflejo. Si bien es importantísimo no olvidar que dentro de la teoría psicoanalítica de la mente toda pulsión descargará inevitablemente, menospreciar que ésta puede cambiar de objeto de descarga y que este último puede incluso no sólo no tener que ver con el que “naturalmente” le corresponde, sino ser el opuesto (como en las formaciones reactivas) resultaría en una falta de comprensión de la vida psíquica. De hecho, las patologías psíquicas son en mucho desviaciones del objeto de la pulsión que resultan en sufrimiento. Y es que si bien el placer según Freud no es más que la sensación que la descarga de una pulsión trae como consecuencia, no debemos olvidar que el aparato psíquico no es una unidad homogénea y armónica, sino el lugar de encuentros y desencuentros de distintas instancias psíquicas con intereses y motivos casi siempre en disputa. Esto provoca que la satisfacción de una pulsión, su descarga, pueda provocar placer en uno de los subsistemas, pero dolor a otro. De hecho, la neurosis es eso, un conflicto de intereses entre distintas instancias psíquicas en el que la satisfacción de un deseo provoca placer para una instancia y sufrimiento para otra. Un buen análisis debe, por lo tanto, no sólo buscar el “origen” del sufrimiento del paciente, sino en dónde (a qué instancia) ese sufrimiento provoca placer. Entonces, no erraremos si decimos que si bien la psique es un aparato diseñado para la descarga de las pulsiones, es al mismo tiempo un mecanismo que permite que la descarga se postergue y se logre sobre objetos desviados o sustitutos. Pero hay algo aún más radical del diseño psíquico y es que permite, al mismo tiempo, que la pulsión no descargue sobre el mundo material y externo, esto es, lo extraordinario de la psique es que logra que la satisfacción se alcance sobre un mundo, por llamarlo de alguna manera, virtual y que puede ser externo o interno a ella misma. En otras palabras, la pulsión puede descargar sobre meros pensamientos, fantasías, lenguaje, creación y sueños.

Pero sigamos con la vida onírica. Sabemos que el sueño es un fenómeno paradigmático en psicoanálisis por muchas cuestiones fundamentales, sin embargo, la que quisiera subrayar en este espacio es lo que Freud llamó su “sentido regresivo”. Dije ya: 1. que la descarga de la pulsión es imperativa y 2. que el impulso normalmente toma el sistema motriz para satisfacer el deseo. El itinerario psíquico iría, normalmente, del “extremo” de la percepción (el registro del estímulo) hasta el “extremo” motor (vía por la que el deseo o pulsión actúa para satisfacerse). Sin embargo, Freud descubre que durante el sueño el aparato psíquico no descansa, los deseos o pulsiones no cesan de buscar satisfacción (su descarga); la psique busca su apaciguamiento, pero es el sistema motriz el que precisamente descansa cuando estamos dormidos, ese canal de descarga se encuentra clausurado. El deseo no cesa de buscar su extinción y al encontrar ese camino cerrado se vuelve, regresa dice Freud, y excita la percepción. El sueño se nos presenta entonces como una alucinación sensorial. Por lo tanto, eso que desencadena el trabajo del sueño –la imaginación y la fantasía onírica– es que el deseo no pudo satisfacerse vía la acción y la consecuente modificación de la realidad externa. ¿No es esto lo que la cultura nos exige también? ¿No es justamente ésta la renuncia que la socialización fundamentalmente pacta? La especie humana ha elegido vivir en comunidad y en

consecuencia ha hecho necesario el sacrificio de la satisfacción inmediata de todos sus deseos. El efecto de esa renuncia corresponde a la psique y ésta tiene forma de mediación. Es un aparato de espera, de postergación, de transformación/sustitución de objetos, de tergiversación de mensajes. La necesidad de no actuar de inmediato y muchas veces de no actuar del todo –no hay que olvidar aquí que desde la mitología freudiana la sociedad está fundada en la renuncia radical a dos deseos, el del incesto y el caníbal– tuvo como consecuencia la construcción de un mundo interno donde uno puede alzar castillos en el aire o perseguirse con monstruos íntimos para el apaciguamiento de ciertos deseos.

Cuando no nos podemos mover, cuando no podemos actuar, entonces pensamos, imaginamos y soñamos. En este sentido, la cultura nos acerca más a las plantas que a los animales. El efecto fundamental del no pasar al acto es la psique. Podríamos incluso decir que el alimento para el alma, como las plantas, sí lo auto-sintetizamos. Así, cuando fantaseamos, hablamos e imaginamos la metáfora más productiva para pensarnos es vegetal y no animal.

Más allá del trabajo onírico, en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, Freud corrige la exclusividad del sentido regresivo de la energía pulsante del sueño y explica que en estados patológicos hay regresión durante la vigilia y no sólo eso, sino que, una vez más, pretende que el estudio de estos estados patológicos eche luz sobre el sueño. Tenemos, por lo tanto, una especie de jerarquización de lo patológico o extraordinario. Me refiero a que en la primera parte del libro inaugural del psicoanálisis Freud usa el estudio de los mecanismo oníricos para esclarecer el funcionamiento psíquico en general, pero en la segunda, sostiene que el análisis de los mecanismos psíquicos en la patología develarán la metapsicología del sueño. Así que pareciera que nos propone que podemos ir de la patología al sueño y del sueño a la vigilia “normal”. Dice Freud:

Durante el día hay una corriente continua desde el sistema  $\Psi$  de las  $P$  hasta la motilidad; ella cesa durante la noche y ya no podría oponer impedimento alguno a una contracorriente de excitación. Esta sería la ‘clausura del mundo exterior’ que en la teoría de algunos autores pretende aclarar los caracteres psicológicos del sueño. Entretanto sería preciso atender, para explicar la regresión del sueño, a aquellas regresiones que se producen en estados patológicos de la vigilia. En el caso de estas formas, desde luego, la perspectiva que acabamos de dar no nos sirve. La regresión se produce a pesar de una corriente sensorial ininterrumpida en la dirección progrediente<sup>5</sup>.

Por lo tanto, la diferencia en el recurrir psíquico a la regresión en la patología y el sueño es meramente cuantitativa. Las alucinaciones, visiones, vivencias que no tienen objeto en la realidad externa son fenómenos psíquicos en los que el curso de la energía es regresivo. Sin embargo, resulta fundamental subrayar que en la vigilia, digamos, normal o sana, el pensamiento, la imaginación y la fantasía son mecanismos en los que la psique toma también el sentido contrario a aquél que se dirige hacia el extremo de

---

<sup>5</sup> Sigmund Freud, “La interpretación de los sueños”, en *Obras Completas*, vol. 5, Argentina, Amorrortu Editores, 1900, p. 538.

la motricidad. Parece que podríamos incluso llegar a decir que la psique, toda ella, es el efecto de la cancelación o al menos postergación de la satisfacción de las pasiones o necesidades vitales que la realidad externa nos impone en la forma de cultura, civilización o ley; la psique es por lo tanto la mediación entre el impulso y el acto. Lo importante aquí es dar cuenta del tipo de mediación que la psique es. Entre muchas funciones, habría dos a destacar aquí: el pensamiento como representación y el lenguaje, pues este último es otro efecto de la renuncia o postergación de la acción para el apaciguamiento de las pulsiones y deseos.

Por un lado, el pensamiento como representación permite postergar o desplazar la satisfacción, esto es, facilita que podamos imaginar que aunque por el momento no podemos (otra vez porque la realidad así lo impone) actuar en consecuencia al deseo, podremos más tarde. Esa imagen, la de un futuro, es la que nos previene de un acto inmediato e irreflexivo. Por otro lado, es también cierto que, desde la teoría psicoanalítica, hay más vías para el “cumplimiento” de los deseos que el sueño y la acción. Como bien lo explica Freud, éste puede “sublimarse” y esto quiere decir que puede contentarse en la imaginación y la fantasía.

La sublimación, como destino de la pulsión, es uno muy interesante, pues implica la capacidad psíquica de desplazar un objeto externo del deseo a uno otro producto de la ficción. Nótese que he dicho “desplazar” y ése es uno de los mecanismos fundamentales del trabajo onírico. En *La interpretación de los sueños*, Freud señala que los mecanismos psíquicos del trabajo onírico son fundamentalmente dos: condensación y desplazamiento. En el primero, la psique satura un signo con los sentidos de muchos diferentes y, en el segundo, el sentido de un signo se injerta en otro. ¿Pero no es esto lo que hace el pensar? ¿No es la representación el traslado de los afectos de la realidad externa hacia los objetos mentales? El pensar como representación implica precisamente a estos dos mecanismos psíquicos, pues este trabajo es de saturación e injertación de sentido –y afectos– en los signos. Esto quiere decir que no sólo en la patología y en el sueño la energía psíquica corre hacia el sistema percepción-conciencia o, en palabras de Freud, que “la regresión se produce a pesar de una corriente sensorial ininterrumpida en la dirección progrediente”<sup>6</sup>.

Por supuesto que esto no es “miel sobre hojuelas”. Primero porque no todas las representaciones son eróticas; como en los sueños, hay de angustia u otros afectos que producen sufrimiento y, segundo, porque para que la sublimación pueda tener lugar los aparatos psíquicos deben ser, por decirlo de alguna manera, muy sofisticados. Como plantas domésticas o, mejor dicho, domesticadas, los aparatos psíquicos deben cultivarse y alimentarse con mucho cuidado. El pensar sublimatorio necesita del cuidado amoroso y la siembra de semillas poderosas que después puedan generar y hacer crecer ideas creativas y productivas. Ésta es una labor titánica y social. Así como a las plantas domésticas un otro (nosotros) debe proveerles el alimento en forma de luz adecuada y

---

<sup>6</sup> *Ibid.*

agua suficiente, para los organismos domésticos y domesticados que somos es también necesario que el alimento para el alma lo facilite un otro.

Tres cosas son ciertas aquí: que la domesticación es por definición una fuerza que fundamentalmente se impone desde un afuera, que hay de domesticaciones a domesticaciones y, por último, de domadores a domadores.

Siguiendo con la metaforización vegetal, los productos de la sublimación crecen y no se desplazan hacia otras topologías, al menos no de manera inmediata. Con esto no quiero decir que los productos sublimes no sean actos, me refiero a que en términos espaciotemporales, una vez que el deseo ha sido desplazado o injertado de un objeto material de la realidad externa hacia uno ficcional, la mediación psíquica ha ocupado un tiempo y un espacio sustancialmente determinante no obstante haya después una materialización de la idea como *re-presentación*<sup>7</sup> del deseo en, por ejemplo, una producción artística o acto discursivo. Y es que toda acción sublimatoria es un acto virtual; esto parece un oxímoron, pero no lo es. Señala más bien la necesidad de entender, por un lado, la materialidad de lo virtual o la materialización de lo virtual desde otro lado. En otras palabras, se trata de deconstruir el espacio como necesariamente virtual o material. Lo psíquico devela el espacio como un indecible<sup>8</sup>, como una ocupación *virtualmaterial*. Por un lado, la psique es, como siempre afirmó Freud, un aparato virtual que no tiene soporte o correlato anatómico pero, por otro, lo psíquico produce efectos y materializaciones. Podemos decir sin temor a equivocarnos que la psique se materializa en más de una forma. Pensemos en las enfermedades psicósomáticas o en toda la producción humana de útiles como materialización de una idea. Incluso toda la fenomenología de lo biopolítico podría ubicarse en este terreno: el género, la marginalización de ciertos cuerpos, la protección o privilegio de otros, el encierro de unos y hasta las modas de las

<sup>7</sup> Escribo aquí “re-presentación” siguiendo a Derrida cuando en su texto *El teatro de la crueldad y la clausura de la representación* dice que toda presentación es ya desde siempre una re-presentación. Cito: “El presente no se da como tal, no aparece, no se presenta, no abre la escena del tiempo o el tiempo de la escena, sino acogiendo su propia diferencia interna, sino en el pliegue interior de su repetición originaria, en la representación. En la dialéctica”. [Jacques Derrida, “El teatro de la crueldad y la clausura de la representación”, en *La escritura y la diferencia*, trad. Patricio Peñalver, Anthropos, Barcelona, 1989, p. 340] O también: “La escena no vendrá ya a repetir un presente, a re-presentar un presente que estaría en otra parte y que sería anterior a ella, cuya plenitud sería más antigua que ella, ausente de la escena y capaz, de derecho, de prescindir de ella: presencia a sí del Logos absoluto, presente viviente de Dios. La escena no será tampoco una representación, si representación quiere decir superficie extendida de un espectáculo que se ofrece a «voyeurs». Aquella ni siquiera nos ofrecerá la presentación de un presente si presente significa lo que se mantiene delante de mí. La representación cruel debe investirme. Y la no-representación es, pues, representación originaria, si representación significa también el desplegarse de un volumen, de un medio con varias dimensiones, experiencia productiva de su propio espacio”. [Jacques Derrida, “El teatro de la crueldad y la clausura de la representación”, en *La escritura y la diferencia*, trad. Patricio Peñalver, Anthropos, Barcelona, 1989, p. 325]

<sup>8</sup> Los indecibles son conceptos indeterminados que muestran dónde el orden clasificatorio se cae. Esto es, marcan el límite del orden y disturban la lógica de las oposiciones. Los indecibles no tienen carácter propio o determinado; se trata de un juego de posibilidades, de un movimiento dentro y fuera de las oposiciones. El suplemento, por ejemplo, es un indecible pues es, *a la vez*, algo que suple, que puede estar en lugar de y algo que está de más, que se adhiere o se adiciona. Es importante aclarar que, por un lado, para Derrida la filosofía no tiene escapatoria de los indecibles y, por otro, que la deconstrucción no es un intento por dominar la indecidibilidad.



formas y tamaños de los cuerpos femeninos que las esclavizan a rutinas y dietas para modelarlos dentro de un molde que no es ni meramente virtual ni material.

No debemos olvidar, como dije antes, que la mayor dificultad de la vida psíquica radica en que la pulsión si bien puede cambiar de objeto de deseo hasta el punto de poder ella misma crearlo, lo que no puede es no buscar su cumplimiento o, en términos energéticos, descargar la tensión. Leyendo a Freud con Nietzsche (o bien podríamos decir leyendo a Freud plagiando a Nietzsche), la pulsión es voluntad de poder y la psique mala conciencia, pues esta última es la vuelta de la pulsión sobre sí misma. Por supuesto que esto no quiere decir que la pulsión no descargue en algún momento y en la mayoría de los casos finalmente sobre el mundo, pero sí que la psique es el efecto de la descarga no inmediata de la pulsión sobre el cuerpo propio y que es, por lo tanto, pulsión representada. La psique es el mecanismo por el que el mundo se vuelve imagen. Siguiendo a Freud, las necesidades básicas corporales —el hambre como ejemplo paradigmático— son aquéllas que modifican la tendencia primera del aparato psíquico a librarse de toda estimulación (siguiendo el modelo del arco-reflejo). Esta modificación consiste, precisamente, en la creación de una reserva que mantenga al organismo vivo, para poder así buscar una alteración interna a través de una acción específica que termine en la satisfacción de esa necesidad corporal. Lo importante aquí es que la reserva no es otra cosa que una huella mnémica. En el ejemplo de la satisfacción del hambre, el bebé crea una huella de la imagen de aquella persona que *repetidamente* lo ha alimentado, y que será la que solicitará cada vez que esa necesidad se presente. Pero, para que el mecanismo se instaure, la experiencia de satisfacción debe *repetirse*. Esto es, para que la huella mnémica se registre o inscriba como tal, es necesario que el trazo o camino se recorra más de una vez. Una vez que se ha experimentado la satisfacción y se ha establecido una asociación entre la necesidad corporal, el hambre, en este ejemplo, y la anulación de la excitación, la próxima vez que esta necesidad asalte al bebé, dice Freud, “se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir, en verdad, *restablecer* la situación de la satisfacción primera. Una moción de esa índole es lo que llamamos deseo; la *reaparición* de la percepción es el cumplimiento de deseo”<sup>9</sup>.

Para que el bebé pueda volver a la imagen no sólo de ser alimentado sino de aquél que lo alimenta, este evento tiene que repetirse un sinnúmero de veces. Esto es, el bebé sólo puede apegarse a tal imagen y buscar luego esa percepción fuera, si y sólo si esta vivencia se ha repetido. Es la repetición, por tanto, aquello que instaure la vivencia de satisfacción, y es esta experiencia la que *pone en marcha* al aparato psíquico de manera que abandone un funcionar de aparato reflejo y realice funciones más complejas y sofisticadas. Este rodeo que el aparato psíquico lleva a cabo para el cumplimiento del deseo no es otra cosa más que un trabajo de pensamiento. Hasta este momento del desarrollo psíquico, el bebé no ha investido la realidad o el mundo de los objetos, su incipiente mente sólo ha creado

<sup>9</sup> Sigmund Freud, “La interpretación de los sueños”, en *Obras Completas*, vol. 5, Argentina, Amorrortu Editores, 1900, pp. 557-8. El subrayado es mío.

una imagen de eso que lo alivia y, por un periodo cuya duración desconocemos –pero suponemos muy corto en organismos “sanos”– lo que busca para la satisfacción es la imagen y no el objeto. Este periodo sigue operando dentro del narcisismo primario, esto es, el estadio (para Freud primordial y original) en el que todo organismo busca el alivio en sí mismo.

En Freud, podría leerse que el sujeto se inaugura cuando reconoce la diferencia entre el afuera y el adentro; y digo podría leerse porque sabemos que la categoría filosófica de sujeto es una con la que Freud nunca trabajó. Dice Freud: “El pensar no es sino el sustituto del deseo alucinatorio...”<sup>10</sup> En efecto, el pensamiento es el rodeo que el aparato psíquico debe realizar para mantener vivo al organismo. Ninguna alucinación ha alimentado jamás a ningún bebé. El aparato debe renunciar a este proceso psíquico que Freud llama regresivo y que va de “la excitación producida por la necesidad hasta la investidura plena de la percepción” y voltear entonces hacia el “exterior.”

Esta vuelta que implica la modificación del principio de placer en el principio de realidad y que está motivada por la urgencia de reconocer el afuera es la inauguración del pensamiento como actividad psíquica<sup>11</sup>. Pero el principio de realidad es también la subordinación a las normas y al imperativo de la postergación de la satisfacción inmediata y, por supuesto, de la renuncia a algunas formas de satisfacción, por lo tanto, es *malestar en la cultura*.

Hay en esta retirada un desengaño: la decepción narcisista de la imposibilidad de autosatisfacción, aunque también, la imposibilidad de una plena satisfacción que significaría, con la descarga total de la tensión, una muerte de corto circuito. El organismo debe entonces guardar una cierta cantidad de energía para mantenerse con vida, pero esta reserva implica una constante molestia. La vida incomoda.

El fallo es el trabajo de pensamiento que “fue dotado de propiedades que posibilitaron al aparato anímico soportar la tensión de estímulo elevada durante el aplazamiento de la descarga”<sup>12</sup>. Es también una acción que desplaza el alivio al mismo tiempo que descarga cantidades pequeñas de tensión. Sin embargo, el aparato psíquico busca siempre sus antiguas y ya conocidas fuentes de placer –no las cambia ni renuncia a ellas fácilmente–. Es por esto que cuando se estableció el principio de realidad, un modo del pensar se escindió y quedó apartado del examen de realidad y sometido al principio del placer. Se trata, dice Freud, del fantasear, el juego infantil y los sueños diurnos<sup>13</sup>. Pero estas

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 558.

<sup>11</sup> Freud supone que el dolor de la insatisfacción provoca que el organismo invista la representación de lo deseado y que su persistencia, por falta de alivio, obliga a la renuncia a la satisfacción por vía alucinatoria. El organismo debió entonces forzar al aparato psíquico a representar la realidad externa y a procurar la alteración de la realidad vía la acción. En pocas palabras, fue necesario renunciar a la agradable fantasía de lo deseado y en su lugar surgió la representación de la realidad independientemente de si ésta procuraba o no placer.

<sup>12</sup> Sigmund Freud, “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”, en *Obras Completas*, vol. 12, Argentina, Amorrortu Editores, 1911, p. 226.

<sup>13</sup> Ver Sigmund Freud, “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”, en *Obras Completas*, vol. 12, Argentina, Amorrortu Editores, 1911, p. 226-7.

actividades cognitivas independientes del principio de realidad son parte del proceder normal de la mente. Esta escisión responde también a la necesidad de todo organismo de defenderse de la innegable violencia de la realidad objetiva. El fantasear es también, en este sentido, adaptativo. Lo que diferencia al sujeto normal del enfermo es, primero, con qué intensidad “escapa” de la realidad y, segundo, qué tanto las distingue. Pero, en este sentido, la diferencia es de grado y no estructural.

¿Qué implica entonces la modificación del principio de placer en principio de realidad? En pocas palabras, que la estructura psíquica es una que enferma, que la conciencia es producto de esta renuncia y que esta resignación inaugura el pensar. La psique, como trabajo de pensamiento, se funda en el fallo de realidad como la renuncia a la fantasía narcisista. Pero además, que el malestar en la cultura es producto del giro hacia lo real externo que exige la renuncia a la satisfacción plena.

El trabajo de la psique es entonces la facilitación de la postergación de la satisfacción de la pulsión, pero jamás su renuncia. La imposibilidad radical del apaciguamiento del deseo no puede desembocar más que en terreno patológico. La organización psíquica debe saber, esto es, poder imaginar que el deseo se cumplirá en algún momento, pues la imaginación y el pensamiento corresponden precisamente a la mediación espaciotemporal. Reiteremos aquí que en tanto no toda pulsión puede ser apaciguada pues algunas amenazan el mismo orden de lo social (incesto y canibalismo por mencionar las que Freud considera que dan origen a la organización social occidental primera), por lo tanto, lo que el espacio público debe proveer son objetos sustitutos. En otras palabras, la imposición de la cancelación total de la satisfacción del deseo resultará en patológica perversión<sup>14</sup>.

Pensemos en términos sociales para aclarar la región que quiero iluminar. La pobreza y la marginación son claros ejemplos de modos en los que el mundo se les presenta a ciertos cuerpos en los que la imposibilidad del cumplimiento de algunas necesidades y deseos es radical. Los pobres y los marginados no pueden *imaginar* que sus privaciones serán apaciguadas en un momento otro porque el orden público ha clausurado el futuro, su futuro. Ante estas circunstancias, algunos actos delictivos muestran una cierta lógica. Pienso por ejemplo en los cientos de jóvenes que en México se han adherido a las filas de los cárteles del narcotráfico y entiendo que mientras el Estado no pueda ofrecerles a estos ciudadanos el contentamiento de sus necesidades y aspiraciones, les resultará fácil sumarse al crimen organizado que, si bien no les ofrece una larga vida, les asegura lo que sea que se hayan imaginado como la felicidad. Y es que el Estado mexicano no ha podido ni prometer a los jóvenes un disfrute futuro ni el espacio para la espera, ése que implica la escuela y las actividades recreativas y que permite lo que Freud llama la sublimación de los deseos. En este punto, la sublimación puede entenderse como un proceder conservador o reaccionario, si se piensa por ejemplo en que la necesidad de un pan podría sustituirse por la lectura de un poema, pero no, no me refiero a desplazamientos tan absurdos como

---

<sup>14</sup> Aclaro aquí que por perversión entiendo sólo el cambio de dirección o de objeto de la pulsión. En este sentido, la perversión puede ser patológica o erótica. No hay aquí implicaciones éticas o morales.

imposibles. Como en toda economía, en la psíquica hay equivalencias posibles y otras irrealizables. Sostendría por el momento que la sublimación erótica, esa que produce nuevos sentidos y abre nuevos horizontes, no puede pensarse, por estas mismas razones, en términos conservadores.

El psiquismo es una economía en la que juegan diferentes monedas de cambio que equivaldrían a las distintas cualidades que el deseo y la pulsión adquieren. Parece ser que, según Freud, una ecuación posible es aquella en la que de procurar buenas transacciones en las que las experiencias placenteras resultan las más, entonces queda un “saldo” que hace posible que el malestar de no saciar los deseos que llamamos radicales sea soportable y si éste es el caso, podemos decir que la psique es un *medio* (aquí en el sentido de capital) que logra producir felicidad como “vidas dignas de ser vividas”. Al mismo tiempo, el organismo psíquico debe guardar cierta cantidad de tensión para mantenerse con vida. En otras palabras, la vida implica el retardamiento de la satisfacción. Esto, por supuesto, tiene una doble dirección. Primero, la pujanza del deseo empujará al organismo hacia fuera, hacia la búsqueda de acciones que cumplan con la finalidad. Segundo, mantendrá la organización viva en tanto el apaciguamiento total del deseo implicaría el desconocimiento y la exclusión de la comunidad como consecuencia de haber violado la Ley. Más aún y más allá del castigo social, sabemos que, desde el psicoanálisis, la organización psíquica se rompe cuando las leyes fundamentales (incesto y canibalismo) se transgreden. Si la psique no es un *a priori* y es el efecto de una incorporación del afuera, esto es, del orden social, no nos equivocaremos al decir que en parte es la ley internalizada. Transgredir la ley es, por lo tanto, transgredir, en cierta medida, la psique. Aclaremos que por supuesto esto no tiene necesariamente un sentido negativo, pues hay insubordinaciones emancipadoras y en mucho el psicoanálisis y cierta acción política se dirigen hacia la desobediencia erótica. Si bien la psique no es idéntica a la ley, esto es, la incorporación no se corresponde con una identificación y queda, por lo tanto, un espacio para la resistencia y la rebelión, el superyó es una instancia punitiva cuyo juicio puede ser devastador. Muchas exigencias de la realidad socio-política y económica contemporánea implican no sólo la postergación sino inclusive la cancelación de la satisfacción de ciertos deseos y tienen como resultado un malestar que alcanza una lógica, como la identifica Judith Butler, melancólica. Esto es, llevan al sujeto a la vituperación del sí mismo y a la autodestrucción. Para Butler, el sujeto tiene un “vínculo apasionado” con el poder en tanto, por un lado, le promete la vida al mismo tiempo que, por otro, se la condiciona al cumplimiento de hiperexigencias en torno a una biopolítica que cuida de ciertos cuerpos y formas particulares de habitar la vida y abandona (o precariza) otras<sup>15</sup>. Siendo así, es evidente que los esfuerzos políticos deben destinarse a la resistencia de estas formas de sujeción y la lucha por la emancipación de los cuerpos o vidas que “no importan”. Pero cerremos este paréntesis y sigamos con la descripción metapsicológica.

<sup>15</sup> Ver Butler, Judith, *Mecanismos psíquicos del poder*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2001.

La psique, como el resultado del enfrentamiento entre cierta organización biológica y un mundo signado, se devela como una economía que jamás resuelve en plenitud el conflicto entre las diferentes instancias y tendencias que la constituyen. El ser humano habita, se despliega y es el entre de este enfrentamiento. La civilización le ha pedido renuncias muy dolorosas. La insaciabilidad que la interdicción para satisfacer esos deseos primarios y primitivos muestra que el deseo es siempre deseo, nada lo apaga, de una vez y para siempre, y es esta voracidad lo que hace urgente pensar en los caminos que retarden y burlen la exigencia por afirmarse. Pero volvamos a lo hiperbólico de estas tendencias en pugna, pues es vital entender que las fuerzas contrarias bajo las que Freud describe el funcionamiento del aparato psíquico (principio de placer/principio de realidad, pulsiones sexuales/pulsiones de autoconservación y Eros y Tánatos) tienen una relación en la que el enfrentamiento provoca una tensión que no tiene como resultado la neutralización de ningún impulso, sino que más bien enciende a ambas fuerzas como en efecto de catapulta.

Hablábamos, entonces, de la renuncia de la vida a una parte esencial de ella misma, a ciertos deseos que no pueden cumplirse dentro de la organización cultural o el resultado sería el regreso a la barbarie. No obstante, en tanto el deseo de destrucción no se apaga nunca, por un lado, los esfuerzos por domesticarlo no pueden bajar jamás la guardia y, por otro, ese trabajo estará siempre condenado al fracaso. La tarea de la cultura es imposible y, sin embargo, hay que hacerla. Y hacer esa tarea tiene sentido, pues mientras se lleve a cabo la satisfacción de los deseos egoístas de la humanidad (los deseos endogámicos, los deseos caníbales y de destrucción del prójimo por autodefensa o por pura crueldad que no es sino el placer de causar dolor) quedará retardada. La cultura es entonces un “*detour*”, un camino con desvío, el recorrido de un circuito que finalmente nos dirigirá a la muerte, pero la pausa, el paréntesis, podría ser radicalmente erótico y podría también dejarla para tan tarde como sea posible. Lo que hay que diseñar es la cartografía del camino de desvío. Hasta hoy, el ceño no ha sido exitoso y más que el mapa de un paseo por senderos selváticos, la civilización ha trazado carreteras rectas hacia la destrucción.

La cultura es entonces un arma de doble filo, por un lado, si queremos vivir en sociedad no queda más que la renuncia a cierta soberanía y esa abdicación, según Freud, provoca descontento; por otro lado, también desde el psicoanálisis, parece ser que la única vía para superar ese “malestar en la cultura” es la cultura misma. En palabras de Ricoeur: “La paradoja prosigue en los estratos superiores de la vida cultural. ¡Extraña lucha en verdad, ya que la cultura nos mata para hacernos vivir, usando del sentimiento de culpabilidad en ‘su favor y contra nosotros, y por otra parte hemos de desligarnos de su abrazo para poder vivir y gozar!’”<sup>16</sup> Y es que no hay que olvidar que la cultura no sólo abarca el idioma, la producción artística, la gastronomía y todo lo erótico que podamos pensar como producto del esfuerzo de algunos humanos por develar el enigma de la vida, sino también reglas, leyes y ciertos “usos y costumbres” que desconocen y

---

<sup>16</sup> Paul Ricoeur, “Freud: Una interpretación de la cultura”, trad. Armando Suárez, México, Siglo XXI editores, 2009, p. 280.

hasta aniquilan ciertos modos de lo vivo. Siguiendo aquí a Marcuse en su inspirador texto “Eros y civilización”, el principio de realidad es histórico y, por lo tanto, hay de principios de realidad a principios de realidad. Partiendo de que Freud no hace una correcta y necesaria distinción entre las vicisitudes biológicas y las sociohistóricas de los instintos, Marcuse introduce dos nuevos conceptos a la teoría psicoanalítica con el propósito de apuntar a ese factor. Así, diferencia, por un lado, entre represión básica y represión excedente y, por otro, entre principio de realidad y principio de actuación, dice:

...cada forma del principio de realidad debe expresarse concretamente en un sistema de instituciones y relaciones, leyes y valores sociales que transmiten y refuerzan la requerida “modificación” de los instintos. Este “cuerpo” del principio de la realidad exige un considerable grado y magnitud de control represivo sobre los instintos, las instituciones históricas específicas del principio de realidad y los intereses específicos de dominación introducen controles *adicionales* sobre y por encima de aquéllos indispensables para la asociación humana civilizada. Estos controles adicionales, que salen de las instituciones específicas de dominación son los que llamamos represión excedente<sup>17</sup>.

Apuntar hacia el carácter sociohistórico del principio de actuación implica que éste es modificable y que lo es a través de un trabajo político y, por supuesto erótico.

El contradictorio proyecto de la civilización como la negociación entre, por decirlo en términos biológicos, el gen egoísta y el gen altruista o entre un impulso absolutamente narcisista que tiende hacia su propia muerte y el impulso hacia la asociación y construcción de organizaciones cada vez más complejas, se reanima a cada instante y en cada acto/efecto cultural. La cultura y la civilización se viven entonces como afrontas y como salvadoras.

Como dije anteriormente, si el ser humano pudiese satisfacer los deseos radicales, entonces la psique (al menos como la conocemos) colapsaría, pues ésta no es más que el *efecto* del encuentro y negociación (obviamente la más de las veces no exitosa) entre lo pulsivo y la ley que prohíbe el cumplimiento inmediato o el apaciguamiento sin más. Sí, pero hay una cuestión de la que no hemos hablado y que resulta, por un lado, de lo más inspirador y, por otro, fundamental. Me refiero a que la cultura misma es también el efecto de esa prohibición. Aquí entonces no podríamos armar una historia lineal de la cultura y la psique. No podríamos decir si fue el huevo o la gallina primero. La cultura, como función semiótica, es producto de la insatisfacción de esos deseos. En otras palabras, la frustración es condición de posibilidad de la simbolización: “Por otra parte, si el hombre pudiera satisfacerse estaría privado de algo más importante que el placer y que es la contrapartida de la insatisfacción: la simbolización. El deseo da que hablar en cuanto que es demanda insaciable. La semántica del deseo, de la que estamos hablando continuamente aquí, es solidaria de esa prórroga de la satisfacción, de esa mediatización sin fin del placer”<sup>18</sup>.

<sup>17</sup> Herbert Marcuse, “Eros y civilización”, Madrid, Sarpe, 1983, p. 50

<sup>18</sup> Paul Ricoeur, “Freud: Una interpretación de la cultura”, trad. Armando Suárez, México, Siglo XXI editores, 2009, p. 279.

Freud bautiza “malestar en la cultura” al sufrimiento que origina el contrato social, sin embargo, paradójicamente, muy paradójicamente, el único camino desviado no patologizante para la descarga pulsional es el de la producción dentro del orden simbólico. En otras palabras, la fórmula del *displacer* causado por la introducción de *homo sapiens* a la civilización abre una aporía: ¿cómo es que el camino de la felicidad y la armonía puede encontrarse en el sendero del malestar? Esto es, la felicidad y el descontento de *homo sapiens* se encuentran en la cultura. Por un lado, resulta evidente que Freud, para sostener semejante paradoja, debe entender más de una cosa por cultura y, por otro, el origen del orden de lo semántico lo encuentra en la frustración. Así, la cultura es el ámbito del mundo que le hace al individuo reclamos hiperexigentes, pero es también el registro que le permite desdoblarse y colocarse por encima de estas exigencias y burlarlas.

Todo esto es posible porque la cultura, toda ella, es una función semiótica, esto es, se trata de un sistema de significación y esta última es su mecanismo fundamental<sup>19</sup>.

Somos más plantas que animales esos *homo sapiens* que creemos en la cultura (como arte de cultivo) y hacemos de la creación y el lenguaje el camino desviado hacia la finitud.

---

<sup>19</sup> Ver Umberto Eco, “Tratado de semiótica general”, México, Nueva Imagen, 1978, p. 58.